

*Por qué la IA debilita la democracia  
y qué hacer al respecto*

Colección Teorema  
Serie mayor

Mark Coeckelbergh

*Por qué la IA debilita la democracia  
y qué hacer al respecto*

Traducción de Lucas Álvarez Canga

CÁTEDRA  
TEOREMA

Título original de la obra:  
*Why AI Undermines Democracy and What To Do About It*

1.<sup>a</sup> edición, 2024

Ilustración de cubierta: Ana Coco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Mark Coeckelbergh, 2024

The right of Mark Coeckelbergh to be identified as Author of this Work has been asserted in accordant with the UK Copyright, Designs and Patents Act 1988.

First published in 2024 by Polity Press.

This edition is published by arrangement with Polity Press Ltd., Cambridge

© De la traducción: Lucas Álvarez Canga, 2024

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2024

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 15.131-2024

ISBN: 978-84-376-4815-6

*Printed in Spain*

# Índice

PREFACIO .....	9
CAPÍTULO PRIMERO. Introducción .....	11
Acerca de este libro .....	16
CAPÍTULO 2. Una historia no tan democrática .....	19
Política y cibernética .....	21
Historias de la tecnología y la democracia .....	23
CAPÍTULO 3. ¿Qué IA? ¿Qué democracia? .....	33
Inteligencia artificial (IA) .....	34
Democracia .....	37
CAPÍTULO 4. Cómo debilita la IA los principios básicos de la democracia .....	49
Principios fundacionales de la democracia: libertad, igualdad, fraternidad, imperio de la ley y tolerancia .....	51
Cómo debilita la IA los fundamentos de la democracia .....	55
CAPÍTULO 5. Cómo erosiona la IA el conocimiento y la confianza .....	65
El problema del totalitarismo revisado: las lecciones de Hannah Arendt .....	66
Algunos desafíos en relación con la IA, el conocimiento y la democracia .....	69

CAPÍTULO 6. Fortalecer la democracia y democratizar la IA .....	79
Fortalecer y crear nuevas instituciones democráticas .....	79
Regulación y supervisión .....	83
IA democrática .....	90
CAPÍTULO 7. IA para la democracia y un nuevo Renacimiento .....	97
IA para la democracia .....	97
Un nuevo Renacimiento .....	101
Humanismo digital .....	102
Conclusión .....	105
CAPÍTULO 8. El bien común y la comunicación .....	109
El bien común y los comunes .....	109
Comunicación y comunidad .....	119
Experiencia común y construcción de un mundo común .....	125
Resumen ejecutivo para responsables políticos .....	127
AGRADECIMIENTOS .....	131
BIBLIOGRAFÍA .....	133

## Prefacio

Los tiempos que vivimos son de mucho trabajo para cualquier persona interesada en la ética y en la política de la inteligencia artificial (IA). En este momento, mientras me ocupo de los retoques finales del manuscrito, los grandes modelos lingüísticos para la generación de textos viven un momento de pleno auge (desde noviembre de 2022); los CEO de diversas empresas tecnológicas, y los «expertos» que los guían<sup>1</sup>, lanzan afirmaciones descabelladas sobre el impacto mundial y supuestamente catastrófico de la IA; en junio de 2022, el Parlamento Europeo aprueba el Acta de IA, que se presenta como su primera regulación mundial completa<sup>2</sup>. ¿Qué está ocurriendo? ¿Es la IA una amenaza para el mundo? ¿Y cuál será su impacto en la legislación? Los especialistas en ética de IA están muy solicitados. Los debates públicos en torno a esta surgen por todas partes. La IA se convierte en el objeto de la lucha (geo) política. CEO de empresas tecnológicas como Sam Altman consiguen dominar el debate público. Practican *lobby* abiertamente y son recibidos en la Casa Blanca, así como por los jefes de Estado europeos<sup>3</sup>. A los

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, en: <<https://www.bbc.com/news/uk-65746524>>.

<sup>2</sup> Disponible en: <<https://www.europarl.europa.eu/news/en/headlines/society/20230601STO93804/eu-ai-act-first-regulation-on-artificial-intelligence>>.

<sup>3</sup> En mayo de 2023, el CEO de Open AI, Sam Altman, visitó a reguladores europeos amenazando con dejar de operar en Europa si la UE regulaba demasiado la IA (y no en los términos que él planteaba); disponible en: <<https://techcrunch.com/2023/05/25/sam-altman-european-tour/>>.

ciudadanos y a los gobiernos se nos dice que tenemos que desarrollar la IA con rapidez si no queremos que otros se nos adelanten. Se nos dice cómo y cuánto debe regularse, que puede dar lugar a efectos catastróficos y que debemos ralentizar su desarrollo<sup>4</sup>. Los acontecimientos se suceden con rapidez, igual que el coro de los que dan bombo o son catastrofistas con respecto al crecimiento de la IA, impulsado a menudo por los medios de comunicación.

En medio de este revuelo, creado a veces con fines políticos concretos, no suelen oírse las voces de quienes analizan, detenida y metódicamente, el impacto de la IA en la sociedad. No obstante, se trata de una tarea de gran relevancia si queremos aprovechar las oportunidades que nos ofrece esta tecnología y utilizarla de manera responsable. Centrándose en la influencia de la IA en la democracia, este libro discute las políticas relativas a esta tecnología situándolas en un contexto intelectual más amplio y ofrece una visión de futuro para seguir avanzando. Hablaremos de la IA, por supuesto, pero también, y sobre todo, de la democracia. De lo vulnerables y resilientes que son y pueden ser nuestras formas de democracia actuales a la luz de poderosas fuerzas tecnológicas y antidemocráticas. Y, especialmente, de qué tipo de democracia queremos. Finalmente, reflexionaremos acerca de qué tipo de sociedad perseguimos y qué tipo de mundo deseamos dejar a las generaciones futuras. ¿Nos decantamos por la situación actual o intentamos asegurarnos de que las tecnologías avanzadas nos ayuden a trabajar por el bien común? Esto (y no los intereses corporativos a corto plazo ni las fantasías de ciencia ficción sobre la IA que destruyen la civilización) es lo que *debería* entrar en juego cuando discutimos acerca del futuro tecnológico.

KIOTO, 21 de junio de 2023

---

<sup>4</sup> Publicada en 2023, la Carta abierta del Future of Life Institute (Instituto de la Vida Futura), y también firmada por Elon Musk, afirma que la IA avanzada puede cambiar la historia de la vida en la Tierra y llegar a estar fuera de control, y argumenta que, por lo tanto, deberíamos ralentizar el entrenamiento de sistemas de IA fuerte durante al menos seis meses; disponible en: <<https://futureoflife.org/open-letter/pause-giant-ai-experiments/>>.



## CAPÍTULO PRIMERO

# Introducción

Un fantasma se cierne sobre el panorama político actual, y es un fantasma horrible y peligroso: el autoritarismo. Las democracias se encuentran en peligro en todas partes, incluso en Occidente. A pesar de que a finales de los noventa éramos testigos de una ola de democratización, actualmente existen muchas tendencias antidemocráticas que a veces implican una caída en el autoritarismo. Un informe de 2021 muestra que las dictaduras están creciendo a nivel mundial. La polarización empeora, tiene lugar un aumento dramático de amenazas a la libertad de expresión, y el 70 % de la población mundial vive en una autocracia, en comparación con el 49 % que lo hacía en 2011 (Democracy Report, 2022). Las democracias occidentales no son inmunes a esta tendencia. Algunos hablan de un nuevo orden mundial, con poderosos actores intentando destruir el orden internacional constituido tras la Segunda Guerra Mundial, y con los Estados Unidos como presa de la polarización y la «decadencia» (Erlanger, 2022). También existen tendencias autocráticas en Europa, donde a menudo se presentan como bandazos hacia la (extrema) derecha; por ejemplo, en Hungría, Polonia y Serbia. En septiembre de 2022, un partido nacionalista sueco de derechas obtuvo más del 20 % de los votos. El Reino Unido se volvió política y financieramente inestable después de que los populistas y, más tarde, los conservadores ultraliberales alcanzaran el poder. En el mismo año, los populistas de extrema derecha ganaron las elecciones en Italia:

su líder Giorgia Meloni se convirtió en primera ministra. Como es bien sabido por la historia, los políticos antidemocráticos pueden alcanzar el poder a través de elecciones democráticas y, a continuación, debilitar o incluso abolir la democracia. Actualmente, y en determinados contextos, esto supone un peligro inminente.

Las tecnologías digitales como la inteligencia artificial (IA) ofrecen a la sociedad muchos beneficios y oportunidades. Pero también parecen desempeñar cierto papel en esas erosiones de las democracias, y en el ascenso y mantenimiento de los regímenes autoritarios y totalitarios. Se culpa a las redes sociales de ayudar a desestabilizar las democracias al destruir la verdad e incrementar la polarización. A la IA no le va mejor. Hoy en día, las historias acerca de esta versan a menudo sobre manipulación, polarización, discriminación, vigilancia, poder y represión.

Es posible que el autoritarismo no se encuentre en un horizonte inmediato, pero, incluso así, los riesgos para la democracia parecen muy reales. Los gobiernos y las organizaciones internacionales están preocupados. La administración Biden ha advertido recientemente en Estados Unidos sobre los peligros que representa la IA para la democracia, quejándose de que hay límites a lo que la Casa Blanca puede hacer para regular la tecnología<sup>1</sup>. Una página web de la Comisión Europea llevaba como título «democracia en peligro» a la luz de un informe en torno a los riesgos que plantean las actuales tecnologías digitales, como la información falsa, la manipulación, la vigilancia y el aumento de poder de las entidades comerciales de las que dependemos en esta área y que establecen la agenda de nuestro futuro digital<sup>2</sup>. Y antes, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos advertía del impacto de la IA en tales derechos, el imperio de la ley y la democracia<sup>3</sup>. En otras palabras, la IA ha pasado a considerarse un problema, y cada vez se reconoce con mayor nitidez que plantea inconvenientes para la democracia.

---

<sup>1</sup> Disponible en: <<https://www.wsj.com/articles/white-house-warns-of-risks-as-ai-takes-off-d4cc217f>>.

<sup>2</sup> La página web hace referencia a un informe reciente sobre la democracia en la era digital realizado por el Grupo Europeo de Ética de la Ciencia de las Nuevas Tecnologías (2023); disponible en: <<https://euraxess.ec.europa.eu/worldwide/africa/news/democracy-peril-commissions-ethics-group-stresses-need-and-ways-deepen>>.

<sup>3</sup> Disponible en: <<https://www.npr.org/2021/09/16/10379023314/the-u-n-warns-that-ai-can-pose-a-threat-to-human-rights>>.

Considérese el caso de Cambridge Analytica (Cadwalladr y Graham-Harrison, 2018), que incluyó la manipulación de los votantes basándose en el análisis de *big data*. Se recolectaron millones de datos de Facebook sin el consentimiento de la gente y se usaron en publicidad política dirigida a apoyar campañas políticas en Reino Unido y en los Estados Unidos. Se ha dicho que el uso de la IA en combinación con las redes sociales conduce a la polarización política y propaga divisiones en la sociedad que, a continuación, pueden ser explotadas por grupos en lucha por el poder (Smith, 2019), grupos que no son necesariamente democráticos. El auge del movimiento de extrema derecha QAnon en los Estados Unidos, que condujo a una irrupción violenta en el Capitolio, es un buen ejemplo. Parece que nos arriesgamos a encerrarnos en nuestras propias burbujas y cámaras de eco, asediados por algoritmos que intentan influenciarnos y separarnos.

También el programa ChatGPT, un extenso modelo lingüístico que recientemente ha adquirido gran popularidad, y que al mismo tiempo ha resultado polémico desde un punto de vista ético, ha sido relacionado con los intentos de debilitar la democracia. Algunos están preocupados por la posibilidad de que la IA se descontrole y acabe asumiendo la toma de decisiones políticas<sup>4</sup>. Esto puede parecer más bien rebuscado y, al menos, un problema para un futuro lejano. Pero existe también la preocupación de que en un futuro cercano la IA se *utilice* para influir en la toma de decisiones políticas. Para empezar, podría ser un poderoso instrumento de presión. Por ejemplo, podría redactar automáticamente un gran número de artículos de opinión y cartas al editor, enviar numerosos comentarios sobre publicaciones (*posts*) en redes sociales, y prestar ayuda para señalar a políticos y a otros actores relevantes: todo a gran velocidad y a nivel mundial. Esto podría incidir significativamente en la toma de decisiones políticas (Sanders y Schneier, 2023). Asimismo, podría usarse para difundir propaganda, influyendo en las elecciones.

Sin embargo, la IA no se utiliza solamente para obtener poder, sino que también desempeña un papel cada vez más relevante en las instituciones de gobierno existentes. También aquí se ha mostrado una imagen negativa de la IA. Considérese el sistema automatizado de vigilancia del bienestar usado por los holandeses, que detuvo un tribunal por-

---

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Risse (2023) y, de nuevo, la carta que pidió ralentizar el desarrollo de IA potentes.

que consideró que violaba los derechos humanos y que vulneraba la privacidad de las personas: ¿se equiparaba el uso de este sistema con «espíar a los pobres» (Hentley y Booth, 2020)? En Austria hubo una controversia en torno a los perfiles algorítmicos de los solicitantes de empleo por parte del servicio de empleo público AMS, que fue acusado de discriminar injustamente algunas categorías de solicitantes de empleo (Allhutter *et al.*, 2020). La toma de decisiones judiciales basadas en IA también ha sido criticada por estar sesgada. En los Estados Unidos se ha dicho que el algoritmo COMPAS, usado por agentes que se encargan de asuntos relacionados con la libertad condicional y vigilada para juzgar el riesgo de reincidencia, discrimina negativamente a los acusados negros: un informe afirmaba que «era mucho más probable que tales acusados fueran considerados erróneamente, por lo que ofrecían un mayor riesgo de reincidencia que los acusados blancos» (Larsen *et al.*, 2016).

Mientras tanto, la IA también se ha vuelto popular en los gobiernos autocráticos. Los medios de comunicación occidentales informaron de que China había estado usándola para vigilar y reprimir. De acuerdo con el *New York Times*, sus ciudadanos se encuentran bajo una vigilancia constante: se rastrean los teléfonos, se monitorizan las compras, se censuran los chats. Se usa la policía predictiva para prever el crimen, pero también para reprimir a las minorías étnicas y a los trabajadores migrantes (Mozur, Xiao y Liu, 2022). Human Rights Watch afirma que el Gobierno chino recaba mucha información personal y usa algoritmos para marcar a las personas que se consideran una amenaza potencial. Dice esa agencia que esta actividad ha conducido a restricciones de la libertad de expresión y la libertad de movimiento. Se envían algunas personas a campos de educación política (algoritmo de represión de China, 2019).

Pero el uso de la tecnología de vigilancia con IA no está restringido a China y, ni siquiera, a los regímenes autoritarios. Desarrollada y suministrada por China, pero también por países como los Estados Unidos, Francia, Alemania, Israel y Japón, está proliferando en todo el mundo e, incluso, en las democracias. De acuerdo con el índice de Carnegie AI Global Surveillance (AIGS) (Vigilancia Global IA), más de la mitad de las democracias desarrolladas del mundo usan sistemas de vigilancia con IA (Feldstein, 2019a). Incluso si tales tecnologías se usan en sistemas políticos que se llaman a sí mismos democráticos, siempre existe el riesgo de que se haga con fines represivos. En 2020, el presi-

dente de extrema derecha de Brasil, Bolsonaro, fue acusado de «tecnautoritarismo» por generar grandes conjuntos de datos e infraestructuras de vigilancia, en particular, el Registro Básico del Ciudadano [Citizen's Basic Register] que reúne datos de ciudadanos que van desde registros médicos hasta información biométrica (Kemeny, 2020). E incluso en Europa y los Estados Unidos, la pandemia del covid-19 se ha utilizado para movilizar la IA y otras tecnologías digitales al servicio de una aplicación más estricta de la ley y el control de la población. Por ejemplo, en 2020 Minnesota usó el rastreo de contactos para seguir la pista de manifestantes que participaron en las protestas a raíz del asesinato policial de George Floyd (Meek, 2020), y la IA se ha utilizado ampliamente para apoyar las medidas de control de gran alcance a propósito de la movilidad de la población.

Parece que nos encontramos ante la emergencia de nuevas formas de autoritarismo y totalitarismo apoyadas en tecnologías digitales, por lo que ya es hora de reflexionar sobre la IA y la democracia, y de repetir la pregunta de Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (2017 [1951]) tras la Segunda Guerra Mundial, pero esta vez en el contexto de las tecnologías digitales. A pesar de las diferencias en los contextos históricos específicos, ¿está la democracia en peligro? ¿Y existen hoy en día las condiciones para que el totalitarismo vuelva a surgir? ¿De qué forma contribuyen las tecnologías digitales a estas condiciones? ¿Debilita la IA la democracia y conduce a nuevas formas de autoritarismo y totalitarismo (llamémoslas «autoritarismo digital» y «totalitarismo digital») <sup>5</sup> y, si es así, cómo funciona y qué podemos hacer al respecto? Y de una forma más general, y más allá de la cuestión relacionada con el totalitarismo, ¿cuál es el impacto de la IA en la democracia? ¿Es la IA buena para la democracia?, y, si no, ¿qué se puede hacer al respecto? ¿Cómo podemos asegurarnos de que la IA apoya a la democracia?

---

<sup>5</sup> Por autoritarismo y totalitarismo digital me refiero a un sistema de organización social y (en términos más generales) de control que depende de las tecnologías digitales y que somete a las personas a la autoridad (autoritarismo) y ejerce un control total sobre ellas (totalitarismo). Este lo puede llevar a cabo el Gobierno, pero también actores corporativos. Sin embargo, el propósito final de este libro no es establecer y ocuparse del concepto académico, sino el de investigar cómo la IA pone en riesgo el hecho de que se socave la democracia (a menudo, de formas que no conducen necesariamente al autoritarismo o al totalitarismo) y de lo que se puede hacer al respecto.

## ACERCA DE ESTE LIBRO

Este libro defiende que la IA, según se está desarrollando y usando actualmente, *debilita los principios fundamentales y la base del conocimiento sobre los cuales se construyen nuestras democracias, por lo que no contribuye al bien común*. Tras situar la cuestión en un contexto histórico y analizarla, guiado por las teorías político-filosóficas de la democracia, ofrece un itinerario de algunos de los principales riesgos que la IA supone para la democracia. Muestra que no es políticamente neutra, sino que conforma nuestros sistemas políticos de maneras que amenazan a la democracia y apoya tendencias antidemocráticas al debilitar los principios democráticos, al erosionar el conocimiento y la confianza necesarios en ella, propiciando el bien de unos pocos a expensas del de la mayoría.

Pero el libro también propone una salida. Aboga por reconocer plenamente el carácter político de la IA y señala la necesidad de la deliberación y el liderazgo públicos para caminar en una dirección más democrática, tanto en el caso de nuestras instituciones políticas *como* de la tecnología. La IA necesita ser interpretada de una manera menos dañina para la democracia y, preferiblemente, debería trabajar *en favor de* la democracia. Esto requiere (re)formar la tecnología en la fase de desarrollo e integrarla de modo que apoye, en lugar de debilitarlo, el sistema político actual. Sin embargo, el libro defiende que tal cambio en el liderazgo político y en el desarrollo democrático de esta tecnología solo puede tener éxito si existe una base político-epistémica adecuada. Tal base puede construirse alimentando una cultura y una educación inspiradas por el Renacimiento, el humanismo, el republicanismo y la Ilustración y, de forma más general, creando un conocimiento y una experiencia compartidos. Se defiende que, en última instancia, la democracia, así como la IA para la democracia, depende de la producción y la promoción del bien común, de la *comunicación* y de la construcción de un mundo (más) común. La IA y las tecnologías digitales pueden, y deberían, apoyar este proyecto en lugar de dificultarlo.

Permítaseme ofrecer una hoja de ruta rápida del libro:

Sin duda, la IA plantea serios riesgos para la democracia y es necesario que se comprendan mejor estos riesgos. Después de presentar una perspectiva histórica de la relación entre la tecnología y la democracia

(capítulo 2), que muestra que las nuevas tecnologías han conducido a menudo a más centralización, pero que también subraya que no existe un determinismo por lo que respecta a la influencia de la tecnología en la política, el capítulo 3 analiza los dos conceptos principales en cuestión: ¿qué queremos decir con IA e (importante para esta investigación) qué queremos decir con *democracia*? Es necesario vincular las discusiones en torno a la IA con la filosofía y la teoría políticas, ya que el concepto de democracia no es en modo alguno claro ni indiscutible. En lo que respecta a mi propia posición, me distancio de las definiciones de democracia en términos de votación y apunto hacia concepciones más ricas: argumento que los ideales deliberativos, participativos y republicanos de la democracia deberían guiarnos a la hora de discutir el problema de la IA y la democracia.

Los capítulos siguientes se concentran en cómo la IA, según se está utilizando y desarrollando actualmente, pone en peligro a la democracia: nuestro cómo aquella tiene impacto sobre los principios liberaldemócratas y republicanos fundamentales, como la libertad, la igualdad, la fraternidad, el imperio de la ley y la tolerancia, con formas que socavan estos principios, poniendo así en peligro la democracia liberal y conduciendo potencialmente al autoritarismo y al totalitarismo (capítulo 4). Siguiendo los pasos de Hannah Arendt y en relación con el trabajo contemporáneo sobre la ética y la política de las tecnologías digitales, también nuestro (en el capítulo 5) cómo su uso corre el riesgo de debilitar el conocimiento básico y la confianza en la democracia a través de la creación de asimetrías de poder, la manipulación, la erosión de la distinción entre lo real y lo falso, y la creación de burbujas epistémicas. Al final, la IA puede incluso destruir la confianza *entre* los ciudadanos y amenazar nuestra propia imagen en tanto que sujetos políticos autónomos, imagen que hemos mantenido como un bien tan preciado desde la Ilustración.

Pero no hay necesidad de ser catastrofistas. Este libro ni es pesimista ni es antitecnología, y rechaza las opiniones tecnodeterministas que consideran que los desarrollos sociotecnológicos son autónomos y están más allá del alcance humano; aún existe tiempo y espacio para intervenir y mejorar las cosas. Después de un análisis de los problemas, considero cómo arreglar esto y explorar enfoques constructivos. ¿Cómo podemos hacer que la democracia sea más resiliente a la luz de la IA? Y, de forma más optimista, ¿qué puede hacer la IA *por* la democracia? En los últimos capítulos (llamémoslo mi manifiesto «tecnodemocrático» o «IA

democrática») argumento que necesitamos cambiar no solo nuestras instituciones políticas y regular la IA para que la democracia sea más fuerte, sino también *hacer que la IA sea más democrática*. La tecnología no debe darse por supuesta, podemos cambiarla: el desarrollo de la IA debería democratizarse. En el capítulo 6, argumento que para esto se necesitan cambios en el desarrollo de la tecnología y su vinculación, ya que se encuentra incrustada en ellas, con las instituciones políticas democráticas. Sin embargo, en el capítulo 7 subrayo que el proyecto de democratizar la IA no solo implica hacerla más democrática y a prueba de totalitarismo, sino también, de forma menos defensiva y más constructiva, crear una IA *para* la democracia. ¿Cómo lograr que apoye la democracia en lugar de erosionarla? Discutiré brevemente algunos trabajos que intentan hacer esto.

Con todo, al final del libro concluyo que rediseñar nuestras tecnologías y reformar nuestras instituciones políticas democráticas no es suficiente. Defiendo que el proyecto de una IA democrática solo puede tener éxito si se integra en un nuevo entorno cultural y educativo: una renovación de nuestra cultura política necesita un Renacimiento y una Ilustración nuevos, ayudados esta vez por las tecnologías digitales. Además, las políticas democráticas (y, ciertamente, la política tecnológica) también requieren un tipo de transformación normativa más profunda. En el capítulo final, el capítulo 8, defiendo que, si realmente nos preocupa la democracia, evitar de verdad las tendencias antidemocráticas y el auge del autoritarismo y el totalitarismo, necesitamos que la IA y otras tecnologías digitales nos ayuden a realizar y encontrar el bien común, y a *comunicar* y construir realmente un mundo común.



## CAPÍTULO 2

# Una historia no tan democrática

Plantear preguntas en relación con la IA y la democracia puede parecer extraño, ya que normalmente no relacionamos los dos términos. Esto es así en parte porque tendemos a ver la IA y otras tecnologías como meras herramientas, como instrumentos. Las vemos como medios que no alcanzan los fines: nuestras metas y nuestros valores humanos. Muchas personas suponen que la tecnología misma no tiene mucho que ver con la política y la democracia. Se preguntan: «¿Seguramente todo depende de para qué se use? ¿De qué forma está conectada la IA con la democracia»? Pero, como sucede con otras tecnologías, la IA es algo más que una herramienta. En la ética de la tecnología, una forma común de expresarlo es reconocer la verdad que hay en el dicho «Las armas matan personas». Por supuesto, las personas matan a otras personas (con pistolas), pero la herramienta importa en sentidos que no dependen simplemente de la intención de las personas, pues permite y alienta la acción de matar. Sin pistolas, habría menos asesinatos. Lo mismo ocurre con la política de la tecnología. La IA no es simplemente un instrumento. Moldea nuestras acciones y nuestros fines. Influye en la sociedad. Beneficia a la sociedad, pero también crea riesgos que, a menudo, son involuntarios e imprevistos. Ciertamente, su impacto depende en parte de lo que las personas hacen con ella, pero su influencia política es más profunda, y sus efectos políticos más «internos» de lo que normalmente se supone que es y hace la IA. Su impacto político no

es simplemente el que tiene sobre la política propiamente dicha y lo que hacen los políticos, sino que también está relacionado con lo que hace y permite la *tecnología*.

Inspirado por muchas décadas de trabajo en la filosofía de la tecnología, he formulado esta visión de la siguiente manera: «la IA es política de principio a fin» (Coeckelbergh, 2022a: 5). La cuestión no está en que la IA sea cosa de un político concreto, sino más bien en que, en función de cómo la utilicemos los seres humanos, podría tener consecuencias políticas que trasciendan las previstas y que se extenderían más allá de la esfera de la ciencia y de la tecnologías, pues estas inteligencias tienen el potencial de conformar nuestras sociedades y las formas en que las gobernamos.

Considérese de nuevo ChatGPT: no es simplemente una herramienta de generación de textos, sino que es probable que transforme el modo en que escribimos, la forma en que trabajan los profesionales (considérese, por ejemplo, el periodismo), y, como ya he sugerido con mis ejemplos de la Introducción, la forma en que hacemos política. Estos efectos no siempre son deseados. Piénsese también en internet y cómo ha transformado ya nuestras sociedades: no solo la tecnología, también el hecho de que sus múltiples efectos no se habían previsto. En este sentido, no se trata simplemente de que los políticos utilicen IA, sino de que la propia IA es política en sí misma.

Este enfoque, que se irá aceptando a la vez que desgranando a lo largo de este libro, nos permite hacernos la siguiente pregunta: ¿en qué dirección política nos empuja la IA? ¿Hace que el mundo sea menos democrático y más autoritario y, si es así, quiere decir que estamos indefensos y entregados a sus fuerzas históricas? ¿Es inevitable el tecnoautoritarismo?

Para comprender mejor el problema concerniente a la IA y la democracia, para mostrar cómo la IA y los problemas con la democracia tienen más que ver una con la otra de lo que podríamos esperar, y para discutir con mayor profundidad la cuestión acerca de si la tecnología determina la política, propongo poner estas cuestiones en una perspectiva histórica (incluyendo parte de la historia de las ideas) y reflexionar de una forma más general sobre la relación entre la tecnología y la democracia.

Comencemos con la filosofía antigua. Cuando en la *República* se habla del arte y la ciencia de gobernar el Estado (2019: 488a-489e), Platón compara ese gobierno con dirigir y poner a navegar un barco. Usa el término *kybernetes* (en griego: κυβερνητης): el timonero o timonel del barco, el piloto, el que es bueno, ingenioso y habilidoso a la hora de dirigir y navegar. Dirigir un barco es un arte: requiere conocimiento experto y no se puede dejar a los marineros. También requiere el conocimiento de la navegación, por ejemplo, conocimiento de las estrellas. De forma similar, Platón argumenta que el hombre de Estado debería aprender el arte y la ciencia de dirigir el barco del Estado: es también una cuestión de cibernética. Debería saber cómo hacerlo: requiere pericia y no se puede dejar al arbitrio de la gente, a un puñado de ignorantes, pendencieros y, a menudo, borrachos inútiles.

A primera vista, la cibernética parece una metáfora atractiva y productiva para la política. Nuestro término contemporáneo «gobernanza» deriva de cibernética: se refiere a dirigir la sociedad. La cibernética depende de la retroalimentación y está orientada a objetivos. El piloto tiene que monitorizar continuamente los movimientos del barco y ajustarlos, si fuera necesario, para lograr su objetivo. Además, dirigir un barco antiguo requiere coordinar a gente, por ejemplo, la coordinación de los remeros. Hoy en día, la navegación o coordinación de unidades políticas complejas y de gran tamaño, como los Estados nación y las sociedades impregnadas de tecnologías, parece ciertamente necesitar conocimiento experto. ¿Se puede dejar en manos de cualquiera? ¿No es eso peligroso? Si la política es cibernética, parece que al barco del Estado le va mejor cuando los expertos lo dirigen.

Sin embargo, actualmente la mayoría de la gente no relaciona de manera inmediata la cibernética con la política. Esto es así porque a mediados del siglo xx el profesor de Matemáticas americano Norbert Wiener usó el término para «la comunicación y control del animal y la máquina» (Wiener, 1948), introduciendo, así, el significado contemporáneo de la cibernética e influyendo significativamente en la historia de la informática. Actualmente muchas máquinas son cibernéticas en el sentido de que son capaces de dirigirse ellas mismas automáticamente, sin un control humano directo. Ya disponemos de pilotos automáticos

en los aviones y, cada vez más, en los coches. ¿Deberíamos también poner un piloto automático en el barco del Estado? ¿La sociedad debería estar controlada como si fuera un coche autónomo gigante? ¿Deberíamos emplear la IA para guiar nuestras sociedades y coordinar a la gente para lidiar con desafíos locales y globales cada vez más complejos?

Esto no suena muy democrático, y tampoco lo era la idea platónica de un timonel guiando al Estado. Como ya sugiere mi resumen de esta perspectiva, Platón desconfiaba de la democracia. Reservaba el derecho de dirigir el Estado a una elite, preferiblemente un rey-filósofo o, más específicamente, una clase de reyes-filósofos. Estos *guardianes* serían virtuosos, captarían la verdad y estarían dedicados al bien de la ciudad-Estado. Hoy en día, esa idea puede tomar la forma de guardianes que usen la IA para gobernar los Estados nación. Esto no es democrático, sino autoritario. Equivale a la tecnocracia, o al menos a la tecnocracia en su forma autoritaria: el gobierno de los expertos. Basándonos en este análisis, resulta que tanto la IA como la cibernética parecen estar en tensión con la democracia. Pero ¿cuál es, exactamente, el problema? ¿Es la IA *necesariamente* mala para la democracia?

Esta pregunta es oportuna. La idea de que la IA *asuma* el control político bien puede continuar siendo un escenario de ciencia ficción. Pero actualmente se está usando cada vez más para gobernar. Ya he mencionado que se utilizó durante la pandemia del covid-19 y, a menudo, de formas antidemocráticas. En China, Corea del Sur, Singapur y Taiwán, la IA se usó, por ejemplo, para respaldar la vigilancia de masas y el control de la población a través de teléfonos móviles que permitían a la policía rastrear los movimientos de las personas infectadas. Es más, las compañías tecnológicas llegaron a pedir al Gobierno estadounidense que les diera permiso para acceder a los datos de los ciudadanos (Consejo de Europa, 2020). Además, las decisiones con respecto al futuro de la tecnología y de la sociedad evaden a menudo los procesos y procedimientos democráticos. El papel que desempeña actualmente la IA en nuestra sociedad no es algo que se haya decidido por los ciudadanos o por gobiernos elegidos democráticamente. Por el contrario, la IA y las tecnologías relacionadas se han usado para manipular elecciones democráticas, y el futuro de la tecnología moderna se decide normalmente en las salas de juntas y en los laboratorios de Silicon Valley. Esto no es solo relevante para la política de los Estados Unidos. La influencia de las grandes tecnológicas tiene alcance mundial. Como señala Lucie Greene en *Silicon States* (2018), Silicon Valley es actualmente una «cen-

tral eléctrica global». Lo mismo es cierto en el caso de otros centros de innovación y de las grandes empresas tecnológicas de China, donde el Gobierno desempeña un papel más importante a la hora de decidir el futuro. Pero el resultado es el mismo: la política tecnológica no es democrática. A través de sus tecnologías, una pequeña elite relacionada con unas pocas corporaciones globales decide cómo vivirá la gente su vida en Norteamérica, Europa, Sudamérica, Asia y África. La IA parece ser parte de este imperio tecnológico. ¿Es la IA un enemigo de la democracia, como sugiere la historia del concepto de cibernética? ¿Hasta qué punto es resiliente la democracia ante la IA?

Para comprender mejor la cuestión, examinemos brevemente el problema más general de la relación entre la tecnología y la democracia. La tensión entre la IA y la democracia debe entenderse en el contexto de una historia más larga de relaciones problemáticas entre tecnología y democracia, una historia que se remonta hasta el amanecer de la civilización humana. Y no es una historia feliz.

#### HISTORIAS DE LA TECNOLOGÍA Y LA DEMOCRACIA

El hecho de mirar hacia la historia de la tecnología y la política no tiene como objeto mostrar que las tecnologías pueden ser, y siempre han sido, instrumentos de poder. Esta es una cuestión trivial. Las tecnologías siempre se han usado para gobernar a las personas, incluso si a menudo no eran conscientes de esta historia. Desde tiempos antiguos, se han utilizado en procedimientos políticos: como señala Risse, la democracia ateniense dependía del uso de tecnologías para la distribución, el control de horarios y la votación (2023: 51-52). Es más interesante el que las tecnologías también tengan y hayan tenido un impacto más amplio en la sociedad, incluyendo influencias no previstas. Las nuevas tecnologías facilitaron no solo nuevas formas de gobierno, sino nuevas formas de vida. En los tiempos antiguos, en Mesopotamia y Egipto se desarrollaron la metalurgia, las tecnologías de construcción de, por ejemplo, cuñas y palancas, la rueda, los sistemas de regadío, la escritura, el papel, los instrumentos de cirugía y, por supuesto, todo tipo de herramientas militares. Cada una de estas tecnologías servía para un propósito particular, pero también ayudaron a construir civilizaciones de forma satisfactoria, y fueron decisivas para ayudar a los gobernantes y a las elites a establecer y mantener su poder. Considérese

también el Imperio romano: su poder centralizado era posible gracias a 80 000 km de carreteras bien diseñadas, que conectaban la capital con las fronteras del Imperio. El dicho medieval «Todos los caminos llevan a Roma» puede interpretarse como una expresión de esta conexión entre tecnología y poder.

Sin embargo, no fue hasta principios de la era moderna cuando la relación entre la tecnología y el poder se hizo explícita a la luz de una nueva y moderna comprensión de la tecnología y del mundo. En *La Nueva Atlántida* (1999 [1626]), el político y filósofo inglés Francis Bacon describe una sociedad utópica en la que los humanos son capaces de controlar su destino y asumen el control de la naturaleza mediante la ciencia y la tecnología. La ciencia moderna se vio alimentada por esta aspiración. Sin embargo, el control de la naturaleza siempre ha venido acompañado del control de las personas. Las civilizaciones antiguas usaron la ciencia y la tecnología para recaudar impuestos y vigilar a la gente. La escritura misma, tan importante en las culturas humanísticas desde entonces, no era un regalo del dios Toth (el dios del conocimiento), como creían los antiguos egipcios, ni había sido robada al dios de la sabiduría, Enki, como creían los mesopotámicos, sino que, probablemente, fue inventada por los contables. Los contables y administradores de las ciudades antiguas como Uruk necesitaban la ayuda de la escritura y de los números<sup>1</sup>. Estas herramientas permitían que la gente dirigiera estas economías antiguas, pero también permitía que algunas personas ejercieran el poder sobre otras. Desde entonces, todos los gobernantes han usado estos instrumentos de poder. Y a medida que crecieron las unidades políticas, la recolección de datos sobre los ciudadanos se volvió más importante y se utilizó para controlarlos. Las naciones Estado están especialmente hambrientas de datos. Mucho antes del gobierno contemporáneo (científico) mediante datos, las naciones Estado del siglo XIX ya recogían datos de sus ciudadanos para disciplinarlos y gobernarlos. En su obra sobre el conocimiento y el poder, el filósofo e historiador de las ideas Michel Foucault ha descrito cómo la Policía francesa y la Administración napoleónica usaron estos métodos para extender la vigilancia sobre individuos y grupos específicos a todos los ciudadanos (Foucault, 1980).

Tras esta primera explosión en el siglo XIX de recogida de (*big data*), los desarrollos actuales pueden considerarse la segunda revolución de

---

<sup>1</sup> Para un buen resumen de esta cuestión, véase Harford (2017).